

JUGANDO EN LAS SOMBRAS DE LA LUZ

JORDI SIERRA I FABRA



Un guerrero se despierta en un mundo extraño, hecho de luces, frío e inhóspito. Es atacado por extrañas especies de seres y trata de sobrevivir como puede. Caminando sin parar, pronto descubrirá quién es y dónde vive. La revelación será la clave de su supervivencia.

Con esta novela, escrita en 1992, Jordi Sierra i Fabra se adelantó una vez más a su tiempo, al mundo cibernético en el que nos movemos hoy.

Todo lo que sabes es mentira.
U2

Libro Primero

ILUSIONES

Capítulo uno

Fue algo parecido a un impulso, una sensación.

Abrió los ojos de golpe y ellos estaban allí, amenazadores.

Aunque no eran demasiados, no pudo precisar el número. Solo consiguió reaccionar evitando la dentellada del acero. Saltó hacia atrás, ágilmente, y escapó de la muerte con un escalofrío. Cuando se recuperó, ya tenía la espada en la mano.

Los observó. Ahora eran ellos los sorprendidos, perdida la ventaja. Aun así, la desproporción se hacía evidente. Siete contra uno, y ese uno era él.

—¡Esperad!

No le hicieron caso. Se desplegaron en abanico para iniciar el ataque. Ni siquiera sabía si eran capaces de entenderle. Los rostros expresaban cualquier cosa menos comprensión. Reflejaban ira, furia, odio. Se preguntó por qué. No los conocía. Tampoco entendía nada.

El primer recuerdo acababa de nacer.

—¿Quiénes sois?

Eran muy altos. Eso los convertía en torpes. Vestían unas extrañas ropas de cuero oscuro con los siete colores del arco iris, un color para cada uno, y se cubrían las cabezas con cascos de metal, que ceñían los cráneos como un guante. Las espadas que empuñaban eran tan grandes como ellos y las sujetaban con las dos manos. Pero lo peor, sin duda, estaba en los ojos. Los siete, al unísono, le miraban llenos de rencor.

—Escuchadme, tenemos que hablar. No sé dónde estoy ni puedo recordar quién soy.

Le atacó el primero, sin darle tiempo a más. No quería luchar, pero comprendió que este era un deseo inútil. Le-

vantó la espada y paró el golpe, duro, seco, potente, pero tan torpe como había intuido al estudiarlos. Esa era al final su ventaja. No esperó al segundo impacto. Quebró la cintura del atacante dando una vuelta completa sobre los pies y el movimiento le proporcionó la iniciativa. Al hundir la espada en el cuerpo del hombre de color violeta no sintió alegría, tan solo una sensación parecida al abatimiento y la tristeza. No pudo llegar a asimilarla.

Quedaban seis.

No perdieron el tiempo y se le echaron encima, pero fue más rápido. Al segundo lo abatió de un puñetazo en la mandíbula. Estaba ya demasiado cerca para emplear la espada. El impulso, pese a todo, lo derribó. Lo único que pudo hacer para no ser aniquilado por los otros, fue cubrirse con el cuerpo del caído mientras se recuperaba. Volvió a intentar el diálogo.

—¿Estáis locos? ¡No quiero luchar!

Ellos sí querían luchar. No obedecían otra razón. El que vestía de azul, el de verde y el de amarillo lo rodearon. Hizo girar la espada por encima de la cabeza, como si fuera un torbellino, y apoyó una rodilla en tierra tras desembarazarse del inerme cuerpo del segundo enemigo. De nuevo fingió hacer una cosa, pero los sorprendió con otra. Atacó al hombretón vestido de verde y, saltando hacia atrás, clavó el extremo de la espada en la garganta del desconcertado agresor de amarillo. Después, casi sin tiempo para emprender una nueva acción se agachó, y el golpe del de azul se perdió allá donde el cuerpo acababa de estar una fracción de segundo antes. Se incorporó lanzándose sobre él y lo levantó interponiéndolo entre sí mismo y el de verde. La espada de este atravesó al compañero.

Él, por debajo, hizo lo mismo con el quinto enemigo.

Fue entonces cuando reparó en ello.

Le quedaban aún dos rivales, los que iban vestidos de naranja y rojo, pero se dio cuenta de que sucedía algo insólito, inexplicable. De pronto, antes de tirarlo al suelo para

desembarazarse de él, el hombre que sostenía desapareció.

Sencillamente, se volatilizó.

Contaba con el cuerpo como escudo para defenderse de los dos últimos, pero se encontró desnudo y desarmado frente al ataque. ¿Qué había sucedido? ¿Una ilusión? Por enésima vez en los últimos segundos, no pudo pensar en ello. Incluso fue demasiado tarde. El gigantón vestido de rojo le arrancó la espada de la mano con un mandoble. Bastante hizo con interponerla entre él y el propio cuerpo desguarnecido y vulnerable. Comprendió que sin el arma estaba perdido, desnudo.

Los dos atacaron al unísono. Él saltó hacia atrás, una, dos, tres veces, girando sobre el cuerpo con las manos y los pies. Recuperó la vertical y esperó el asalto rabioso de los enemigos. ¿Dónde estaban los demás? Sobre el terreno abrupto no había nadie, ni uno solo de los rivales abatidos. Era demasiado asombroso, un absurdo al que renunció para resistir el último ataque. Calculó las posibilidades de huida con resultado nulo. Optó de nuevo por la sorpresa, basada en la agilidad, para concederse una pequeña ventaja. Les hizo creer que iba a saltar hacia atrás de nuevo, pero en esta ocasión lo hizo para adelante, interponiéndose entre ellos dos. El hombre de la indumentaria roja fue el primero en reaccionar, con la espada atravesó al compañero vestido de naranja, porque él no se quedó allí, entre ambos, el tiempo suficiente para recibirla.

El enemigo vestido de rojo no pudo desencajarla del cuerpo del muerto. El pasmo por lo sucedido era demasiado fuerte. No por ello los ojos expresaron temor o sentimiento de derrota. Cerró los puños y se aprestó para la pelea final.

El guerrero bajó la guardia.

—Por favor —le suplicó—, no es necesario que mueras tú también.

El sexto luchador ya no estaba allí donde había caído. El guerrero se percató de ello. Lamentablemente las palabras, el esfuerzo para dialogar antes del último acto, en aquella guerra sin sentido, fueron en vano. El gigantón de rojo, contumaz, inasequible al desánimo, le lanzó un puñetazo.

Lo esquivó.

Y esquivó también el segundo.

Tuvo que luchar por su vida cuando el tercero le alcanzó de lleno y cayó al suelo. El atacante se le echó encima y lo aplastó con el peso. El guerrero interpuso el brazo izquierdo y el brazaletes de metal le protegió el rostro. Con el derecho describió un semicírculo en el aire hasta impactar en la cabeza del contrario. Fue un golpe certero y temible que le atontó lo suficiente y le hizo perder fuerzas. El resto fue más sencillo. Se lo sacó de encima y ahora fue él quien le impidió moverse al hundir cada una de las rodillas en los brazos del derrotado séptimo atacante.

—¿Quiénes sois? ¿Por qué me habéis agredido?

El hombre de rojo lo miró, sin menguar en él aquel odio irracional y absurdo. El guerrero puso las dos manos en el cuello. No quería matarle, solo obligarle a hablar.

—¡Responde! —le conminó—. ¡Te he vencido!

Ante la sorpresa, el luchador empezó a desvanecerse.

Fue como si, rápidamente, dejara de ser real, como si el cuerpo físico se convirtiera en vacío, como si pasara de la consistencia a la nada.

Sin hablar.

Lo último que el guerrero vio fueron los ojos, todavía arrebatados por la ira.

Capítulo dos

Estaba solo, arrodillado en el suelo, con las manos aferrando el aire. No le fue fácil reaccionar y, cuando se puso en pie, el espectáculo que contempló fue todavía más absurdo.

En primer lugar, allí no había nada más que él. Ni rastro de los siete rivales.

Después, el mismo suelo, el cielo, el contorno, fueron debilitándose lentamente, los colores se esfumaron, las rocas y los árboles se volatilizaron. Todo pasó de la realidad a la nada en un inexplicable fenómeno que hurtó a los sentidos cualquier idea que pudiera echar luz a lo sucedido.

El guerrero se encontró convertido en una minúscula forma de vida en mitad de una infinita extensión de suelo llano que se perdía por doquier, a derecha e izquierda, delante y atrás.

Suelo metálico, liso, pulido y opaco.

Apenas se atrevió a moverse, como si él también pudiera desaparecer. El único vestigio real de lo que acababa de suceder era la espada, a escasos metros de él, allá donde había caído tras el golpe con el que la perdió. Logró caminar hacia ella, venciendo las reservas. La recogió y el contacto lo tranquilizó. La guardó en la vaina de piel y volvió a pasear la desconcertada mirada por el entorno.

El suelo metálico era duro, sólido y oscuro, como oscura era la medida de todas las distancias. Por encima de la cabeza la oscuridad era aún más cerrada, aunque en modo alguno densa. Más bien cabía hablar de sombras. Un mundo lleno de ellas. Sombras apenas barridas por el resplandor que, proveniente de un punto imposible de calcular en la lejanía, surgía del horizonte.

Una dirección.

Una luz en las sombras.

El guerrero miró hacia atrás y a ambos lados de esa presencia. La luz parecía ser el único destino posible. Una guía. Se tratara de lo que se tratara, si quería respuestas, solo podía encontrarlas en la luz. El instinto se lo decía.

Se alegró además de poder razonar, de saber que conservaba algo tan elemental como la lógica.

Aunque fuese lo único que tenía.

—¡Eh! —gritó.

Nada. Ni un eco, ni un sonido. La voz se perdió en todas direcciones.

—¿Alguien puede oírme?

Silencio.

Cerró los ojos. La otra vez, al abrirlos, presintiéndolos, ellos habían aparecido. Ahora era distinto, porque era capaz de recordar que acababa de cerrarlos, con un motivo. Así que todo era diferente. Los volvió a abrir y se encontró con la misma escena y el mismo desconcierto. Parecía absurdo y sin embargo...

La mente estaba en blanco.

Ni siquiera sabía quién era.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿De dónde venía? ¿Adónde iba? ¿Por qué le atacaron aquellos extraños hombres? ¿Por qué desaparecieron al vencerlos? ¿Por qué no tenía miedo, solo dudas y preguntas?

¿Por qué?

Se llevó las manos a la cara y se tocó con ellas. Los contornos del rostro no le dijeron nada. Frente despejada, ojos hundidos, nariz recta, labios carnosos, barbilla recia y cuadrada. Llevaba el cabello muy largo, hasta los hombros, y era de color negro azabache. Lo comprobó al coger una mecha y observarla de reojo. Una cinta se lo sujetaba en la parte superior de la frente. Se la quitó para mirarla. Era de color blanco. Volvió a ponérsela. La única vestimenta consistía en un taparrabos de piel sujeto con un cinto de cuero, del cual colgaban la vaina y la espada. Calzaba botas de la

misma piel, casi hasta las rodillas. En el brazo izquierdo, un brazalete de metal cubriéndole el antebrazo del codo a la muñeca. El brazalete, igualmente blanco, no tenía ningún signo.

Eso era todo.

Hizo una última comprobación. Sacó la espada y la colocó frente a él. En la pulida superficie pudo verse reflejado. Ni siquiera logró emitir un juicio acerca de sí mismo. ¿Era él? Debía de serlo, pero no recordaba tampoco las facciones. No se conocía. El rasgo más característico provenía de la mirada, penetrante y profunda, hermética. Por lo demás, era alto, musculoso, bien formado.

Quizá, incluso, bien parecido.

No tenía mayores referencias, salvo los siete energúmenos a los que había vencido.

Se guardó la espada y se enfrentó al primer reto de su destino.

Dar un paso. El primero, en busca de la verdad y de respuestas para las muchas preguntas. ¿A qué esperar?

Después, echó a andar en dirección a la lejana luz.

Capítulo tres

Pronto se dio cuenta, a medida que se fue habituando, que aquel resplandor lo era todo allí. La luz se bastaba a sí misma y bastaba para dar una esperanza en medio de aquel horizonte continuo envuelto en sombras. La luz era la vida, el pulso, el latido de cada paso. Por lejana que estuviera, por difuso que resultase el resplandor, era suficiente.

Aunque paso a paso, por mucho que caminara, quizá acabaría comprendiendo que la distancia tal vez fuese siempre la misma.

¿Eterna?

Se enfrentó al primer desaliento y venció la tentación de sentirse abatido. Al menos de algo estaba seguro: era un guerrero. Y los guerreros no retroceden, ni se asustan ante lo desconocido por insólito que fuese. Su brazo era fuerte. El temple había vencido la embestida de aquellos siete enemigos. La espada era poderosa y la agilidad, un símbolo.

Dejó de andar para echar a correr.

Y dejó de correr para emprender una veloz carrera en la que los pies apenas si tocaban la superficie de metal, impulsados por la rapidez de los músculos, la elegancia de movimientos, la simetría absoluta del esfuerzo en pos de una meta.

Pasos.

Pasos en una distancia que de pronto se le antojó de nuevo más allá de lo real.

Cedió en su ímpetu. Primero, para renunciar a la alocada y absurda carrera. Segundo, porque el hecho de sentirse libre y fuerte no le producía mayor satisfacción que un remoto estímulo físico. Tercero, porque una vez más el instin-

to lo advirtió a tiempo. Tal vez necesitase de todas las fuerzas.

El camino sería largo y los peligros muchos.

¿Peligros? Estaba completamente solo.

—¿Lo estoy?

Su propia voz le llamó la atención. Ahora la oía descubriéndola como parte de sí mismo y de la realidad. Esa voz que era su amiga, la compañera interior tanto como la certeza de poder tocarse, pensar, razonar.

—Soy yo y estoy aquí.

No bastaba, pero por ahora era suficiente.

—¡Aaah! —volvió a gritar.

Ya no corría. Ahora caminaba firme y con un ritmo regular, los cinco sentidos puestos en ello y en sí mismo. Tal vez todo fuese un simple ejercicio mental. Si se esforzaba... Recordar. Recordar. Recordar. Las botas, acolchadas, no producían el menor ruido. Necesitaba esa voz.

Un paso, dos pasos, mil pasos.

Podía contarlos, pero le resultaba aburrido. ¿Qué importancia tenía el número de pasos que diese? El resplandor no aumentaba. A lo mejor, debía alegrarse de lo contrario, de que no menguara sumiéndole en la más completa oscuridad.

Amortiguó la presión de la mente, aunque esa última idea le había llenado de tristeza.

Caminar. Era cuanto podía hacer. Caminar.

Un paso, dos pasos, mil pasos.

Diez mil.

No vio el primer cambio en la extensión metálica hasta mucho después de cien mil pasos y para entonces había tenido que detenerse a descansar una docena de veces, aunque en realidad no se sintiera fatigado, solo aburrido. El resplandor se mantenía igual, inalterable. Todo allí lo era.

Lejos, a la derecha, advirtió una mayor elevación del suelo. Varió el rumbo, aunque ello le suponía apartarse del camino de la luz. Fueron varios miles de pasos más los que

le llevaron hasta las inmediaciones del lugar. Ante sí fue perfilándose lo que parecían ser montañas del mismo metal que el suelo. Montañas cuadradas, esféricas, piramidales, tan lisas y opacas como el resto. Un desvío absurdo y un camino perdido.

—¿Me oye alguien? —les preguntó a las formas cúbicas.

No obtuvo respuesta alguna. Estuvo a punto de volver a emprender el camino hacia el resplandor, pero se lo pensó mejor. Rodeó la primera de las elevaciones, porque comprendió que le sería imposible subir por cualquiera de ellas. Aquella era tan alta que se perdía más allá de la oscuridad superior.

Sin embargo, al otro lado, vio la sima; y en el fondo, un quieto río de conductos con los primeros colores de aquel extraño mundo.

La sima era tan grande que calculó el otro extremo a unos mil pasos o más y tan profunda que, de haber podido caminar por la pared vertical, hubiera necesitado otros quinientos. El fondo, de extremo a extremo, aunque ambos se perdían a derecha e izquierda, lo atravesaban unos cilindros de colores, amarillos, verdes, azules, rojos, muy juntos unos a otros. La textura de los conductos no parecía ser metálica, ya que el brillo era distinto.

De todas formas no podía hacer otra cosa que lanzar conjeturas. Resultaba imposible descender. La curiosidad, lo mismo que la ansiedad, debía esperar una mejor ocasión.

Tal vez más adelante.

Era el primer indicio de que allí había algo más que la infinita superficie por la que se movía.

Caminó junto a la sima durante otros pocos miles de pasos, cinco mil a lo sumo. Nada en ella varió y, al ver que se alejaba en diagonal al resplandor, optó por darle la espalda a la hendidura. Venció el sentimiento de frustración que lo acompañó, porque ahora tenía las primeras dudas. Evidentemente la sima debía de llegar hasta alguna parte pero,

¿le serviría de algo un destino si lo hacía a oscuras? La luz y solo ella, aunque se convirtiera en una obsesión, le garantizaba esperanza. Todavía hizo un intento final previo al cambio de dirección. Desde el mismo borde del abismo gritó:

—¿Hay alguien ahí?

Esperó, sin éxito, hasta que comprendió la inutilidad de la tentativa y emprendió de nuevo el camino apartándose de allí.

Otros quince, veinte, quizá treinta mil pasos después, y tras haberse detenido a descansar una vez más, todo seguía igual, el infinito que se perdía en todas direcciones, la soledad y el inalterable resplandor de la luz, faro del horizonte en la distancia.